

Sergio Caletti

Siete tesis sobre comunicación y política

Dirección electrónica: scaletti@datamarkets.com.ar

diálogos
de la comunicación

● Sergio Caletti

Decir “tesis” es, en rigor, decir conjetura, decir señalamiento que se formula para propiciar al debate. En ese sentido quisiera que se entendiese el título de esta exposición: como el de siete invitaciones a una discusión que, a mi entender, hemos venido demorando por demasiado tiempo.

A lo largo de los primeros cuatro de estos señalamientos, recorreremos de modo sucinto las formas que asume el encuentro entre comunicación y política, comenzando por las inmediatas, las que plantean los planes de estudio de nuestras Carreras [en Argentina], y pasando luego por la historia del campo, por su presente y hasta por las analogías y contrastes con aquel otro lugar de encuentros privilegiados, el que sutura comunicación y cultura. En las tres últimas tesis, intentaremos avanzar sobre las

posibilidades de una formulación diferente de las que, para entonces, habrán sido aludidas una y otra vez.

El punto de partida para este itinerario es uno y simple. Me permito resumirlo como si se tratase de una paradoja, aunque -se verá- no pienso que en verdad lo sea. A saber: en los tiempos que corren, todo parece hablarnos de una estrecha conexión entre los fenómenos de la política y los de la comunicación. Ella se da por sentada, se sobreentiende, a tal punto que probablemente nadie en nuestro campo de estudios podría razonablemente resistirse a la fuerza de la afirmación. Y sin embargo, pese a ello, la variedad de caminos con que esta conexión tiende a ser pensada es tan heterogénea como débiles son sus desarrollos sistemáticos.

I

En primer término, veamos este contraste a través de un somero examen de los planes de estudio de la Carreras de Comunicación de nuestras Facultades (Argentina). El examen pone de relieve que la conexión entre comunicación y política que se propone a los estudiantes, entendida como un horizonte de abordajes de cierta envergadura, aparece virtualmente ausente. Las formas de su presencia son erráticas y relativamente secundarias.

Uno de los modos con que esta conexión aparece, por ejemplo, es a través de asignaturas que conceptualizan específicamente lo político. Se trataría, en este caso, de ofrecer a los estudiantes una introducción a los problemas que se sitúan del otro lado del encuentro, de manera de habilitar puentes más que de

abordarlos. Es también un buen indicador de la disposición curricular a tomar en cuenta los marcos conceptuales de la otra tradición, la de la ciencia política, con vistas a facilitar el entendimiento de la conexión con lo comunicacional.

Pues bien, de acuerdo a una revisión preliminar de los programas vigentes apenas tres años atrás, las Licenciaturas en comunicación dictadas en aproximadamente siete de las casi cuarenta universidades argentinas donde se impartían (las correspondientes a las Universidades de Buenos Aires, Católica de Santa Fe, de El Salvador, de Flores, de La Matanza, de Morón y de Palermo), contaban de forma expresa con una asignatura obligatoria (en algún caso dos) a través de la cual a los estudiantes les correspondería introducirse en los rudimentos de la ciencia política, con este nombre o con los de Teorías del Estado, Teoría Política, Sistemas Políticos Comparados. Vale reiterarlo: siete sobre casi cuarenta.

Es posible que una revisión más rigurosa, o más actualizada, o que incluya los contenidos previstos para otras asignaturas, así como las alternativas de materias opcionales, etcétera, pueda ampliar en alguna medida la magra proporción señalada. Pero en cualquier caso, se trata de un ítem curricular que se encuentra holgadamente por debajo de la presencia que alcanzan comparativamente otros campos disciplinarios próximos a los estudios de comunicación. En otras palabras, son considerablemente más las Licenciaturas que cuentan en sus planes con teorías sociológicas, con psicologías o con materias antropológicas que con las relativas a la teoría política.

Claro está, no necesariamente esa conexión entre comunicación y política a la que me refiero como presentándose hoy consumada y natural se vería agotada (ni tan siquiera satisfecha) con la inclusión sistemática de asignaturas de teoría política en Licenciaturas de Comunicación. Casi podemos inclinarnos a señalar lo contrario: el encuentro entre comunicación y política no tendría por qué entenderse como resultado de una mera yuxtaposición de asignaturas de una y otra. Pero podría entenderse como un comienzo o el indicio de una preocupación asumida. Porque lo cierto es que tampoco son demasiado frecuentes (al contrario, lo son menos aún) los espacios curriculares que, ateniéndose a lo expreso, elevan la apuesta e incluyen asignaturas donde la conexión esté *ya formulada*, a la manera de algunas pocas carreras que aluden en sus planes a la «comunicación política» o bien, invirtiendo términos, a las «políticas de comunicación».

Se registran por supuesto otras formas de contacto entre ambos campos. Por ejemplo, algunas carreras incluyen materias destinadas al entrenamiento en el análisis de la actualidad política en clave informativa. Así, entre otras, las Universidades Austral, de Belgrano, o Nacional de Río Cuarto. O bien las que, como la UADE (Universidad Argentina de la Empresa), lo hacen en términos de relaciones internacionales. O las que, como la Universidad de Belgrano, lo hacen con orientación al conocimiento del sistema político argentino, por no mencionar la relativamente numerosa serie de asignaturas que proponen fijar la mirada en los problemas jurídicos que entrañan las prácticas comunicacionales.

Si acaso aquellas estrechas conexiones que damos a diario por sentadas entre comunicación y política no son una mera ilusión, lo que ocurre en nuestras Licenciaturas en ese sentido (esto es, con la posibilidad de plantearlas, problematizarlas, discutir las), tiene la forma de una presencia esquiva. La atención que se le presta a las relaciones entre comunicación y política -e, incluso, a los elementos que la teoría política puede aportar a ella- resultan, en sus términos más conceptuales, a veces escasos, a veces nulos.

No es de ninguna manera nuestro propósito responsabilizar a las Carreras por el cuadro de situación que emerge de estas breves indicaciones. Más bien tomar lo que este panorama da a entender como punto de partida de una reflexión que se sitúa más allá de las Carreras y, en cuyo contexto, en todo caso, ellas constituyen sólo parte del síntoma.

II

La cuestión acerca de la cual las Carreras parecen ofrecer así testimonio podría ser enunciada, en principio, en términos tan sencillos como los siguientes: la posibilidad de un pensar radical sobre las vinculaciones y entrecruzamientos entre los fenómenos que alumbran ambos cortes analíticos de los procesos sociales - comunicacional y político- ha sido insistentemente resistida, en parte, por la misma naturalidad con que estos entrecruzamientos se presentan, intensos y cotidianos. En parte, también, por la persistencia de una concepción en última instancia técnica de la comunicación (y de la política).

No pretendemos con esta afirmación ignorar los lazos fuertes que se establecen desde el punto de vista de la investigación y la reflexión entre los estudios de comunicación y los fenómenos políticos. Muy por el contrario, pretendemos aludirlos. Esto es, aludir la curiosa circunstancia de una cercanía y de la evidencia de una conexión que, sin embargo, ha logrado permanecer opaca (y emprendiendo caminos subsidiarios: legislación en comunicación; políticas de estado en comunicación; el papel de la comunicación en los eventos políticos; etc.) cuando todo llamaba a pensarla de frente.

Los estudios de comunicación nacieron al estatuto pseudo disciplinario que hoy ostentan en esta cercanía. La historia arranca tal vez en 1927, con la publicación de *Propaganda Techniques in the World War*, del por entonces muy joven Harold Lasswell (un volumen nunca traducido al castellano). Desde aquellos años y por décadas, los estudios de comunicación recorrieron, en los Estados Unidos y en nuestros países, entre otros caminos, los claroscuros de las campañas electorales, así como los afanes por el desarrollo de zonas rurales hasta, en rigor, el absoluto presente de la asamblea electrónica que se sueña por internet.¹ Esto es, crecieron en estrecha contigüidad con la problematización de lo político, aunque -y éste es el punto- sin abandonar nunca un tipo de conexión donde la política supone centralmente el funcionamiento de la maquinaria institucional de la llamada democracia y la comunicación, la capacidad diseminadora de mensajes propia de unas tecnologías novedosas. En otros términos, y si se me permite, la relación que se nos ha

propuesto y se nos propone desde esas tradiciones que en más de un contexto resultaron las hegemónicas en el campo, es aquella que puede existir entre una maquinaria social y unas tecnologías.

No acaba allí, empero, el registro de la contigüidad. Las formas que ha asumido y asume, se verá, son del todo variadas. En ese marco no podría dejar de hacerse al menos referencia al vigor con que los estudios latinoamericanos de comunicación, por ejemplo, aportaron, entre los años '60 y '80, otras modalidades de conexión. Una de ellas, la que privilegió por excelencia la ligazón existente entre los fenómenos de la comunicación -particularmente mediáticos- y las dimensiones ideológicas de la vida social, vinculando privilegiadamente esta ligazón al conjunto de procesos políticos que vivía la región en esos agitados años. Otra, en relación con lo que se llamó larga -y también un tanto confusamente- *comunicación alternativa*. Una tercera, a partir de los intentos que, bajo esos mismos procesos políticos de cambio, trataban de culminar en una nueva y más democrática *gestión* de los resortes institucionales de la comunicación pública, en consonancia con los debates internacionales promovidos por la UNESCO, horizonte al que se denominó *políticas de comunicación*. En cualquiera de estas tres modalidades aludidas, la conexión de la comunicación y la política traspasó la mera consideración técnica de la comunicación. Pero es visible que la lógica bajo la cual se concebía el encuentro estaba presidida por una problematización relativamente restringida a los derroteros donde los dispositivos comunicacionales habrían de contribuir al

desarrollo de un horizonte político, digamos, democrático y popular.

Una revisión exhaustiva de los modos en que fue pensado el contacto entre comunicación y política ofrecería una variedad todavía más amplia. Y cada caso ameritaría con seguridad un cierto análisis considerablemente más pausado que estas rápidas referencias. Sin embargo, ellas sirven a nuestro propósito actual: llanamente, evocar con brevedad algunas de las más conocidas formas con que la relación a la que aludimos fue asumida por la comunidad académica de la que formamos parte. Sobre esta evocación, fundar la propuesta reflexiva: no es de la Carreras de Comunicación el problema. El entero campo de estudios parece haberse inclinado, casi por igual desde la izquierda y la derecha, hacia formas periféricas de la cuestión.

No sería la primera vez que resistencias a la teoría -por tomar el giro que Paul de Man dirige a una cierta historia de la crítica literaria- ocurren en el campo de la conceptualización de los procesos sociales. Por el contrario, episodios como el que señalamos constituyen casi una marca clásica. Las muy fuertes influencias de tradiciones empiristas y positivistas han llevado, quizá, a dar por suficiente el registro, la clasificación y nomenclatura de acontecimientos, sin una reflexión radical sobre los propios términos de estas operaciones.

Me interesa rescatar en este sentido otra pequeña historia que nos toca de muy cerca. Es la de las relaciones de los estudios de comunicación con los problemas de ese otro gran territorio de los fenómenos sociales que es

la cultura. En 1984 -hace apenas 17 años- Héctor Schmucler proponía en escasas seis páginas el "salto teórico" y el "desplazamiento de fronteras" que entrañaba pensar a un mismo tiempo comunicación/cultura. Aquel texto² es hoy recuperado, y con acierto, como la señal de un punto de inflexión para los estudios latinoamericanos de comunicación. Schmucler llamaba allí la atención acerca de una "fusión tensa" cuya consideración, en rigor, había venido siendo largamente preparada, cuando menos, tanto desde la semiótica como desde la antropología. Valga señalar que dos textos que hoy circulan profusamente en nuestras carreras, *La interpretación de las culturas*, de Clifford Geertz, y "Codificar y Decodificar", de Stuart Hall, y que suponen por igual esa «fusión tensa», habían ambos visto la luz once años antes, en 1973. Otro tanto y más podría decirse en relación con los trabajos de Yuri Lotman o del propio Umberto Eco.

Y sin embargo, nuestros estudios de comunicación miraban sin ver, insistiendo en esquemas reductores de los fenómenos de comunicación. Apenas tres años después del artículo de Schmucler, el ahora archicitado texto de Jesús Martín, *De los medios a las mediaciones*, daría el empujón definitivo para consagrar un enfoque en los estudios de comunicación que hoy se nos ha vuelto no sólo habitual, diría que sobre todo insoslayable.

Dos observaciones a raíz de esta pequeña historia. Una: no es la primera vez, entonces, que los estudios de comunicación -que tanto se miran a sí mismos- resultan empero miopes al hacerlo.

Indicaciones de la relación entre comunicación y cultura se encuentran regadas aquí y allá a lo largo de décadas (piénsese hasta en el propio Malinowski, en Valentin Voloshinov o en Marcel Mauss), mientras los estudios de comunicación se afanaban por constituirse en una disciplina más, reacia a las deudas excesivas con otros campos del conocimiento. Segunda observación: la miopía, como ha quedado indicado, también se cura, aunque cueste.

En otras palabras: nuestra tesis es que la conexión entre política y comunicación ostenta hoy un estatuto análogo al que enhebraban las relaciones entre comunicación y cultura mucho antes de la irrupción de los enfoques citados, esto es, el estatuto de registros fragmentarios en torno de lugares acotados de intersección y de contigüidades empíricas. Con una diferencia de no poca importancia que, sin embargo, no da lugar a ese tipo de optimismos fáciles según los cuales todo sería cuestión de tiempo. Me refiero a que, en aquel caso, el de 'comunicación y cultura', lo fragmentario e inmediateista podría ser visto hoy, retroactivamente, como cargado de una cierta inocencia, de un primitivismo de concepciones. En el caso, en cambio, de las relaciones entre 'comunicación y política' aparecen como consecuencias que no cabe entender sino como resultado de una efectiva, consistente y exitosa *reducción teórica* de los términos en los que se pretende que entendamos tanto la comunicación como la política. Lo veremos mejor enseñuida.

III

En los días que corren, tres parecen ser las figuras prevalecientes para el análisis de estas contigüi-

dades. Las consideraremos en asociación con las nociones de (a) estrategia, (b) sondeo y (c) fetichismo. Diremos que en cada una de ellas se resume un conjunto denso de decisiones que son teóricas, aunque camuflen ese carácter con el juego de lo que parece evidente por sí mismo. Abrir paso a otro tipo de reflexiones sobre la cuestión, requiere un mínimo desmonte de las operaciones reductivas que en ellas se sintetizan. Las tres nociones, por lo demás, tienden a implicarse y reforzarse recíprocamente.

Nos explicamos. Si el breve repaso alusivo a la historia del campo tendió a señalar un cierto vacío de reflexión teórica sobre el punto, el examen del presente prolonga esta apreciación. Pero este presente añade a la historia algunos perfiles específicos. Por una parte, parecería insinuarse hoy un proceso de cristalización en torno de algunas fórmulas que juegan a su consagración definitiva. Por la otra, esas fórmulas hoy predominantes integran un arco donde un enfoque es común por encima de algunas notorias diferencias, esto es, el enfoque de la política como aparato y de la comunicación como tecnología. Y no hay propuestas de alguna resonancia que contraríen radicalmente este punto de partida. Veamos rápidamente la cuestión.

Al calor de la noción de estrategia, y, por ende, estrategia de comunicación (y, en particular, de comunicación política), los últimos años han visto engordar aceleradamente la noción más claramente instrumental de la comunicación misma. Bajo este alero, la comunicación -y los conocimientos que de ella tengamos- se reducen a la operación eficaz de unos sistemas de trans-

misión de mensajes. No es necesario extenderse sobre las implicaciones que van comprometidas: todos saben a qué me refiero.

Explorada, ensayada y validada en el espacio de las lógicas de mercado, del desarrollo de la comercialización y de los incrementos en la rentabilidad a los que ha servido tradicionalmente la comunicación llamada publicitaria, la idea estratégica de la comunicación empuja hoy a favor de una decisiva tendencia de época, a saber, la reconversión general de las relaciones sociales y políticas a juegos posicionales de costo-beneficio, insumo-producto, ganancias y pérdidas.

Más: buena parte del éxito de esta idea de unas siempre posibles estrategias de comunicación tal vez deba vincularse al hecho de que resultan apreciadas como el más económico y accesible de los recursos con que parece factible modificar casi cualquier relación de fuerzas en el plano del discurso entre distintas posiciones de enunciación, estableciendo ventajas comparativas y sustituyendo la legitimidad argumental por los efectos controlados de sentido de las operaciones comunicativas. En otras palabras, ¿qué es más sencillo para un candidato en problemas que añadir a su campaña un spot publicitario que algunos especialistas en comunicación estratégica habrán elaborado para, eventualmente, tratar de disolver sus debilidades de imagen y acrecentar sus fortalezas?

En consonancia con la creciente valoración asignada a los procesos comunicacionales en esta clave, crecen también en nues-

tras carreras los espacios propios de las estrategias de comunicación, el marketing político y las varias formas asociadas a este enfoque. En particular, en lo que respecta a la Argentina, el conglomerado que enlaza a la publicidad con la política pasando por la mercadotecnia, constituye una de las orientaciones con mayor empuje, por ejemplo, entre las universidades privadas.

Este crecimiento no ocurre en vano ni sobre el vacío. Desde el sentido común de la calle hasta el sentido común académico, pasando por el discurso de los medios, hoy se presenta ante todos como una suerte de verdad elemental que resiste toda crítica el concebir casi cualquier ambición de desempeño de un actor del escenario social (organismos gubernamentales, partidos políticos, instituciones asociativas en general) en asociación estrecha con los recursos estratégicos de la comunicación. No es éste un dato menor. La noción de estrategia de comunicación contribuye así a volver central el papel de los componentes propios de la lógica del poder y del dominio en el campo general de la intersubjetividad, y a naturalizar esta presunta centralidad. Dicho de otro modo: bajo su luz, se redefinen las nociones mismas de qué cosa es la vida política de la comunidad.

Cabe formular aquí una aclaración. Las reflexiones a las que acabamos de invitar no pretenden, como puede imaginarse, ni descubrir ni cancelar ni denunciar la impronta creciente que en general asume la idea de «acción estratégica» en la cultura de nuestras sociedades. De lo que se trata, en el marco infinitamen-

te más acotado de la cuestión que nos hemos planteado aquí, es de hacerse cargo de que en la expansión de estas nociones se juega una entera forma de entender las conexiones entre comunicación y política, forma que se corresponde a su vez con unos sobreentendidos muy fuertes respecto de lo que sea la buena comunicación y respecto, también, de lo que sea la buena política. Para decirlo en dos palabras deliberadamente cargadas de una cierta resonancia heideggeriana: *operaciones eficientes*.³

La noción del sondeo, a la que adjudicamos también un lugar preponderante entre los modos de concebir hoy los lugares de encuentro de lo que es comunicación y de lo que es política, puede entenderse en este contexto contra un doble telón de fondo.

Por un lado, el sondeo constituye la herramienta complementaria de cualquier estrategia de comunicación pública, y visiblemente, de las estrategias de comunicación política. Pero, por el otro lado, y de manera que nos parece coherente con lo anterior, la técnica del sondeo, y el instituto del sondeo que la administra, han logrado, a lo largo de los últimos cuarenta años, producir la más fenomenal mutación de conceptos respecto de lo que se entiende y se asume como «opinión pública», y está en vías de realizarlo respecto de lo que se entiende y asume como «representación política ciudadana». Repárese en el hecho de que nos estamos refiriendo a dos elementos -opinión pública y representación- que son nodales para cualquier conceptualización de la democracia republicana. Y lo que es más llamativo: ambas mutaciones de concepto

se vienen produciendo sin que ni desde la reflexión teórica en los estudios de comunicación ni desde la reflexión teórica en la ciencia política se hagan sentir los debates que cabría suponer.

Tampoco aquí se trata de protestar ante lo que ya ha sido consagrado. Pero sí de advertir que el instituto del sondeo hace de la construcción colectiva de disensos y consensos, del debate público, si se me permite la analogía, algo similar a lo que en su momento hizo la industria cultural con la producción del arte: reemplazar complejos procesos de la vida social donde por excelencia emergían las virtudes de la creación, la libertad y la inteligencia humanas, a tramitaciones estandarizadas de unos artefactos que se cargan de valor a través de su serialización.

El instituto del sondeo deposita el carácter precisamente público de la opinión en la empresa que procesa e interpreta estadísticamente una recolección de respuestas, por lo común obtenidas por opción, y formuladas individual y privadamente en el umbral de la casa, en el teléfono, o en una página web. Entre lo que supone 'opinión' como propio de un proceso de confrontación de un colectivo social, y lo que supone 'opinión' como aquello que resulta de la respuesta a un «¿con cuál de las siguientes afirmaciones está usted de acuerdo?», hay varios gradientes comunicativos de la vida política ciudadana que han quedado eliminados, aunque, claro está, la economía de la indagación diagnóstica, así como la velocidad en la devolución a la sociedad de una cierta imagen de sí misma, han ganado notablemente, una vez más, en *eficiencia*.

Una cierta corriente de investigación -de manera notoria la que puede relacionarse con Dominique Wolton- ha avanzado en los últimos años en el campo de la comunicación realizando significativos aportes para el análisis de algunos de los problemas que venimos de mencionar. Pero, cabe decirlo, también en la tarea de prestar aval teórico a estas modalidades de intersección política/comunicación. Entre tanto, un buen número de medios académicos de la comunicación en nuestros países, formulando su propia, pequeña síntesis, comienza a dar alegremente por sentado que hemos ganado un nuevo horizonte profesional para nuestros egresados.

La tercer figura predominante entre las que señalo como formas contemporáneas habituales de pensar el punto de encuentro comunicación/política es tal vez la que adquiere mayores resonancias teóricas. Me refiero a la que en otra ocasión aludí como el 'fetichismo de la tecnología'⁴. Vale decir, la de aquellas orientaciones que, ya sea para descargar sus feroces críticas ya sea para celebrar un restallante horizonte de promesas democratizadoras, convierte a las tecnologías de la comunicación en la clave de bóveda de una interpretación sobre el presente.

Para unos, gracias a los medios de comunicación, la política se ha vuelto un espectáculo, y ha degradado así sus términos racionales. Para otros, la política -muy por el contrario- asiste hoy al desafío de ser recuperada para una ciudadanía universal gracias a la interactividad de las tecnologías electrónicas de comunicación que convierten el sueño del ágora y del plebiscito permanentes en realidades alcanzables.⁵

Desde la perspectiva de lo que aquí nos planteamos, corresponde señalar que tanto tecnófobos como tecnófilos tienden a convertir a las tecnologías en una suerte de *Deus ex machina*, en un auténtico fetiche, por cuyas consideraciones, de manera paradójica, tanto la comunicación como la política resultan variables valga decir 'dependientes' de una ecuación donde los factores causales son los tecnológicos. De esta manera, se obtura el análisis de la condición de los medios y del encuentro entre los fenómenos de la comunicación y los de la política. Es curioso: tanto cuando se trata de denunciar el imperio de la técnica como cuando se trata de recuperar para los seres humanos concretos el ejercicio de las potestades de la polis, la reflexión parece quedar presa de los términos que busca dejar atrás, vale decir, el privilegio de la razón técnica, ya no, aquí, como elegía a la eficiencia, sino como ratio última en la que se busca la explicación de lo social concreto, sea su *via crucis*, sea su redención.

IV

Los estudios de comunicación han podido hacer propia una mirada que ganó en complejidad y multidimensionalidad a través de la reproblematicación de la cultura. Un examen preliminar de sus formas de pensar la política parece indicar, en comparación, una diferencia significativa. No sólo en cuanto a la posibilidad de conceptualizar el nexo más allá de sus contingencias empíricas. También en relación con los enfoques para con la comunicación en general.

Me permitiré señalar lo específico de la diferencia a la que quie-

ro referirme con recurso a un elemento de juicio cargado de otras implicaciones que, espero, puedan aceptarse para esta primera revisión del problema. A saber: la recuperación del encuentro comunicación/cultura ha propiciado la actualización de un enfoque crítico y -diré- 'de izquierda', sobre una entera zona de fenómenos de la vida social.

El público que atiende una programación televisiva, por caso, ha dejado de ser apenas una indicación de rating, una posibilidad de impacto o de recordación, para ser la punta de un ovillo tras la cual emergen matrices de sentido, tensiones en la diferencia, luchas por la significación, tradiciones y emergencias de la vida en común.

Las modalidades predominantes con las que se piensa en cambio la relación comunicación/política y la dificultad para asumirla más allá de sus contingencias empíricas parecen contrariamente dejar ese orden de fenómenos a disposición de enfoques más conformistas que críticos y -diré- 'de derecha'.

En otros términos: la reducción de los fenómenos de comunicación a, entonces,

- la eficiencia que unas instituciones o lugares de decisión pueden añadir a sus cometidos prefijados, o bien, a

- la reducción de los actores de la escena pública a sus confesiones domiciliarias o telefónicas realizadas a pedido de unas empresas que se autoinstituyen como gestoras y procesadoras de los pareceres ajenos, o bien, por último, a

- la a su vez previa reducción de la ciudadanía al lugar de la plebe romana en las graderías del circo (así sea para denunciar sus

consecuencias), requiere de manera casi inevitable de dos definiciones previas y nada menores, a saber:

a) de la comunicación en general como la transmisión controlada de unos mensajes bajo condiciones dadas, y

b) de la política en general como lo propio de un sistema institucionalizado que recurre a la herramienta de la comunicación precisamente para mantener disciplinada a la multitud de todos aquellos que no son sus propios funcionarios.

Cambiando ligeramente los términos: mientras la junción comunicación/cultura ha echado luz sobre los modos vivaces en los que el desorden -esto es, la historia- subsiste y late bajo el manto de prácticas de indiferenciación, el nexo comunicación/política, en los tiempos que corren, encuentra sobre todo sus objetos en el reino del orden.

No siempre fue así, y quisiera añadir por ello en este punto un complemento polémico. Como ya hemos recordado, en los años '60 y '70 y aún parcialmente en los '80, las asociaciones entre comunicación y política crecieron en América Latina al calor de aspiraciones transformadoras. No importa aquí la revisión de aciertos y errores, de fortalezas y debilidades teóricas. Lo que me interesa observar es que el giro hacia la cultura de los estudios de comunicación -más allá de las intenciones de sus impulsores- al tiempo que recuperó para sí lo mejor de las tradiciones de la crítica, comportó de hecho y con los años una suerte de proceso de *despoli-tización* del horizonte de reflexiones.

Me explico mejor. En el marco de la historia de ascenso y derrota

sufrida, a escala planetaria, por los proyectos generales de transformación social, las corrientes críticas dentro de los estudios de comunicación parecieron sustraer paulatinamente sus esfuerzos del territorio de las conexiones con lo político, para retirarse prevalentemente a ese campo de conexiones con lo cultural que a la vez venía abriéndose de manera contemporánea en el plano teórico. El pensamiento crítico propio del campo de la comunicación en nuestros países desplazó sus objetos hacia otros relativamente más distantes de la política de lo que había venido ocurriendo hasta entonces.

Si esta observación fuese atinada, podría decirse que la tarea de pensar comunicación y política quedó principalmente depositada en manos de los funcionarios de lo dado.

V

En un plano estrictamente conceptual, la posibilidad de orientar en un sentido distinto la reflexión y la investigación de las conexiones entre comunicación y política, recuperando su complejidad y riquezas, así como el carácter decisivamente crítico que es propio de la teoría, pasa a nuestro juicio, por la restitución y discusión de la problemática del sujeto en el abordaje de los procesos sociales.

La obliteración de la problemática del sujeto es una antigua cruz en el desarrollo de la teoría social. Las diversas asociaciones que se ha buscado establecer en la historia de la teoría social con los modelos consagrados de cientificidad -nomotéticos y objetivistas- terminaron una y otra vez por marcar, sea como idealistas, sea como reacciona-

rios, sea como meramente especulativos, a los distintos intentos que avanzaron hacia el desafío. La incorporación de la problemática de los sujetos que, pese a todo, hacen la historia y construyen el mundo que habitamos, permanece como uno de los nudos más resistentes a la elucidación teórica.

Ni los estudios de comunicación ni las ciencias políticas están al margen de esta historia. Más aún, cabe sostener que la secularización o llana omisión del punto es una componente central en las nociones tanto de comunicación como de política que encontramos precisamente en esas zonas que asume hoy el análisis de su intersección.

No es necesario extenderse aquí respecto de cómo esto ocurre desde el campo de la comunicación. Resulta bien sabido que las propuestas que la convierten en una suerte de disciplina auxiliar de procedimientos guiados por la razón técnica tienden a prescindir, por petición de principios, de cualquier consideración cuidadosa del problema.

Pero resulta interesante añadir que en los territorios de la ciencia política ocurre un fenómeno tal vez análogo. Las tendencias actualmente predominantes en ese campo, entre otras cosas, se caracterizan por la ruptura con las mejores tradiciones de la filosofía política y por la reconversión de la disciplina de lo político a una suerte de ingeniería de instituciones y sistemas de decisión. Viejas preocupaciones de la teoría de lo político, tales como la voluntad de origen o el bien común, la libertad, la justicia, la igualdad y la ética, han sido paulatinamente hechas a un lado dentro de lo que es hoy la

corriente hegemónica, y devueltas al vano de los debates estrictamente filosóficos, a favor del análisis de lo que se denomina los 'procedimientos' propios de los regímenes contemporáneos de gobierno, su comparación, su perfeccionamiento. La administración y la gestión han tornado al mismo tiempo de manera creciente en los problemas centrales no sólo de los científicos políticos, también de las clases llamadas políticas, cuya profesionalización y tecnoburocratización no hace sino indicar lo lejos que ha quedado de su horizonte la vida política de la comunidad.

Volver la mirada hacia los problemas del sujeto no pretende, desde nuestro punto de vista, validar ninguna concepción idealista de los procesos histórico-sociales, ni tampoco sumarse a las modas que hoy se fascinan con la 'constitución del sujeto', extrapolada en las forjas más disímiles. Vale decir, no nos referimos a la problemática del sujeto en tanto que ninguna esencia natural o divina, fija o dinámica, sino como al conjunto de disposiciones específicas que en un cierto corte de análisis de los procesos históricos contribuye de un modo o de otro a su emergencia y a su definición.

Bajo esa mirada, cabe entender simplemente que reafirmar la posibilidad de la autonomía radical de los habitantes de este mundo exige pensar en algún sentido *contra* las ingenierías y *contra* la razón técnica (y también, permítaseme, *contra* las modas).

En un escenario donde tanto desde los estudios de comunicación como desde las ciencias po-

líticas se ha vuelto cada vez más frecuente que la investigación se resume a cómo aplicar mejor los conocimientos acumulados al orden de lo dado, parece imprescindible repensar la categoría de sujeto para restituir el lugar desde el cual *otros procesos* puedan construirse y pensarse, en la misma medida en que serán inevitablemente sujetos -valga la verdad de Pero Grullo- y no leyes objetivas o esquemas técnicos los que deban promoverlos. Señalé en otra ocasión que, a diferencia de lo que es posible para con la economía, el derecho, el discurso o la administración, no es siquiera imaginable para con la política. Esto es: la economía o el discurso pueden pensarse sin sujeto; pensar la política no es posible sin pensar en el *sujeto de la política*. Es que literalmente no hay política sin sujetos. Y quisiera hoy añadir que el sujeto de la política y el sujeto de la comunicación son, en último término, uno y el mismo.

Me explico mejor. El sujeto de los procesos culturales, por ejemplo, puede ser concebido como un punto en una compleja malla abierta de determinaciones y contingencias. Su característica decisiva, quizá, sea precisamente la de dejarse atravesar y al mismo tiempo constituirse en punto de articulación compleja e imprevisible de unas y otras. En cambio, tiendo a suponer -a la manera de Hanna Arendt- que el sujeto de la política es por excelencia un sujeto de iniciativa, de diferenciación radical, el sujeto de un siempre comienzo que no puede sino contraponerse a lo ya dado para emprender el camino hacia un horizonte otro. Es, diría H. Arendt -ahora sí con fidelidad a sus palabras- un sujeto de pensamiento y de acción. Por lo mismo, se trata también

del sujeto de la incompletud, de la falla, de los anhelos hacia un futuro que aún no existe, de la necesidad del otro. ¿No es éste acaso el sujeto de la comunicación apenas concebimos a sus procesos lejos del orden técnico y de los parámetros de eficiencia en la consecución de fines? ¿No es éste el sujeto de cualquier empresa de una puesta en común, de cualquier intento de establecer una conexión humana (y seguramente fallar en ello), una conexión sin más meta que el reconocimiento recíproco?

Formulemos entonces con mayor precisión la tesis que nos ocupa. Mientras los estudios de comunicación y la ciencia política insistan, en sus respectivos espacios y en sus términos teóricos, en someter la problemática del sujeto a la liquidación en la que hoy parece resumirse, la ciencia política no podrá sino constituirse como ingeniería de procedimientos, los estudios de comunicación no podrán sino entender a esta última como dispositivos de diseminación de mensajes, y la posibilidad de pensar el encuentro entre ambos fenómenos se reducirá al análisis de sus coincidencias empíricas, bajo la lógica de la razón técnica.

VI

Vaya ahora una conjetura especialmente abierta al debate. La comunicación constituye, a nuestro juicio, la condición de posibilidad de la política en un doble sentido. En primer término, como es obvio y no poco relevante, porque la política supone una relación entre los hombres que no se da centralmente ni por el trabajo ni por el cuerpo sino, por excelencia, por la puesta en común de significaciones socialmente reco-

nocibles, a través de la palabra y de la acción. Pero, en segundo término y de manera decisiva, porque es precisamente la comunicación -entendida en este sentido antedicho en tanto que es una puesta en común de significaciones socialmente reconocibles- la que habilita precisamente a lo común como horizonte que puede serle dado a las aspiraciones que laten en cualquier juego de intervenciones múltiples de lo que solemos llamar política. Debe añadirse que este «horizonte de aspiraciones» es, en rigor, constitutivo de la política.

Si bien ésta es una conjetura teórica que ameritaría otro detenimiento, quepa insinuar aquí al menos algunos elementos para su desarrollo posible. El camino más corto para situar la afirmación que acabamos de realizar requiere, como contraventaja, incursionar en filones relativamente distantes de los que se transitan con la mayor frecuencia en nuestra comunidad académica. Valga esta aclaración como disculpa.

En primer término, el enfoque al que nos debemos supone la política como una esfera de la vida social, esto es, lejos de la cadena de operaciones metonímicas propias de una cierta tradición que la reduce primero a la organización jurídica del Estado, luego a su administración, y luego a los conflictos por su gerenciamiento. Una esfera de la vida social donde los *socii* confrontan por las formas y reglas del orden bajo el cual han de vivir, visibilizan y dirimen sus diferencias, y encaminan así su futuro. La organización jurídica del Estado y los conflictos en la administración de sus organismos derivan, pues, de estas actividades, pero no las sustituyen.

En segundo lugar, cabe recordar hasta qué punto esta noción de la política emerge a la vida social con el advenimiento de la Modernidad y es propia de ella. Bien podría decirse que es la secularización radical del Reino de Dios (al que la Modernidad da lugar) el proceso que deja a los hombres librados a sus propios esfuerzos por gobernar la vida social, al tiempo que ésta se reorganiza en el espacio de la ciudad, espacio donde se amasarán las formas de la autocomprensión y de las definiciones de sí de las que aún somos herederos. De allí en más, la política será a la vez la persecución siempre inalcanzada de la restitución del Reino, ahora de los hombres. Hago mía y modifico la afirmación del filósofo italiano Roberto Esposito⁶ según la cual -en sus términos- la filosofía política trata de la restauración imposible de lo uno. Añado que no sólo es la filosofía política la que la procura sino que la política misma emerge tras el horizonte que supone posible la realización de lo uno (el Bien, el Pueblo, la Nación, la Justicia) al tiempo que, por el otro lado, será también la emergencia insoslayable de las diferencias, de su reconocimiento y tramitación social, que harán lo uno inalcanzable. Más: la vida política estará signada por la producción incesante bajo las lógicas de la diferencia y de la contingencia, producción por cuenta de unos hombres librados a la dramática epopeya de las propias iniciativas -por la palabra y la acción- sobre lo que les es común, iniciativas destinadas siempre a dirimir el futuro que se pretende de todos. He aquí la decisiva paradoja constitutiva de la política: se funda ante y por el horizonte de restitución de la comunidad (y de este horizonte trata, claro está,

por excelencia la entera filosofía política) pero es el propio *pathos* que anima a los hombres a intervenir en un mundo de relaciones recíprocas el que, a costa de perseguirla, la tornan imposible en el despliegue de las propias diferencias.

Es en torno de esta incompletud que la política, como diría Jacques Rancière, se constituye sobre todo en tanto que desacuerdo.⁷ La restauración anhelada de lo uno, la que nos instala en la vida política, es imposible en la misma medida en que su consecución por parte de los hombres supone una lucha de partes que no cesa. Y cabe ahora afirmar: la comunicación procura la imprescindible restitución *ilusoria* de ese horizonte, restitución que repara su eterna condición fallida y recrea las condiciones de posibilidad de la historia como flujo discontinuo. Tal su papel decisivo.

Diremos entonces -y he aquí nuestro segundo fundamento, ya anticipado- que la comunicación es condición de posibilidad de la política misma como instancia de la vida social. No importa que, a su vez, sepamos ya que la comunicación plena también es, en rigor, imposible. Lo que importa es que la comunicación se nos propone y se nos aparece como alcanzable.

En otras palabras: la unidad del reino de los hombres que la política persigue instituir para una instancia de la vida social (y para la cual la filosofía política propone caminos desde el momento mismo en que se hace cargo de la tarea de la teología política, sustituyéndola), debe vérselas con el hecho de que es precisamente esa instancia, en su comprometer a los hombres a la in-

ciativa por la palabra y por la acción, la que por excelencia deshace una y otra vez las chances de alcanzarla, por ser lo suyo precisamente la acción diferenciadora, la confrontación y el siempre comienzo. La unidad del reino de los hombres no puede por tanto sino persistir en el horizonte (y *como* horizonte), bajo la ilusión que propone la esfera comunicativa.

Las líneas de análisis aquí esbozadas requieren, claro está, de su discusión. Pero que no se entienda que la índole de las reflexiones que las fundan las destinan a los terrenos de la especulación metafísica. Muy por el contrario: a nuestro entender, no hemos hecho otra cosa que prologar las referencias que vendrán en torno de una problemática decisiva, la del espacio de lo público.

VII

El espacio de lo público es, a mi juicio, un concepto clave para el análisis de las conexiones entre los procesos de comunicación y los procesos políticos en relación con el enfoque esbozado. No se trata de un concepto nuevo pero sí de uno que hay que renovar para despejarlo de un cúmulo de cargas y distorsiones que los intereses ordenancistas de la Modernidad han terminado por echarle encima.

El enorme peso de las tradiciones juristicistas ha marcado la noción de lo público como la del orden de las cosas que quedan sometidas al imperio del Príncipe, en contraposición al dominio de las cosas que se reserva para el contrato entre los particulares. Como es obvio, no es a esta noción de lo público a la que busco referirme. Desde su ori-

gen, el concepto de lo público estuvo también asociado a la noción de la visibilidad universal, esto es, a la del espacio donde los habitantes de este mundo se presentan, se reconocen y confrontan abiertamente por medio de la palabra o de la acción, constituyéndose a sí mismos en su relación con los otros y, valga subrayarlo, en su relación tensa con las instituciones del orden social que no cesan de buscar su disciplinamiento y subordinación.

La noción de visibilidad -como contrapuesto a *secreto*, dirá N. Bobbio, ha recludo en lo doméstico, dirá Arendt⁸- abre caminos que descartamos antes de terminar de recorrer (y pese a las indicaciones vivaces, aunque distintas, que dieran en ese sentido no sólo Arendt, también entre otros Jürgen Habermas y Richard Sennett) en relación con un manajo de conceptos que permiten a su vez reenlazar algunas de las orientaciones hasta aquí vertidas. Los señalamos de manera rápida⁹:

- La condición de visibilidad hace del espacio de lo público el lugar donde la sociedad se advierte a sí misma en tanto que tal, y donde por lo mismo se encuentra en condiciones de elaborar los términos de su propia, cotidiana, autorrepresentación. En el espacio de la visibilidad, y sólo en él, se construyen las condiciones para la reflexividad social.

- El espacio de lo público no se limita -aunque valga la sempiterna referencia metonímica- a la calle, la plaza, etc. Ni la visibilidad que implica y supone se restringe a las capacidades del ojo, sino que ellas son su metáfora. La sociedad se hace visible a sí

misma -es decir pública- bajo las formas *técnicas* dominantes que las relaciones sociales han producido para su propia representación: desde los salones literarios hasta la arquitectura, desde el *theatrum mundi* a los medios de comunicación contemporáneos. A partir de la edificación de la ciudad moderna, esa escenificación del reino de los hombres que es el espacio de lo público se despliega -y no podría ser de otro modo- a través de los recursos técnicos de los que dispone la vida social para darse a sí misma como objeto. Cada una de estas formas de lo público implica no sólo un régimen de visibilidad, sino también un régimen para el desarrollo de las propias relaciones sociales que se cumplen bajo su luz. Digámoslo aún más claramente: un régimen de comunicación para la construcción de lo común.¹⁰

- En el espacio de lo público los humanos confrontan sus diferencias, amalgaman sus prácticas, cuajan los horizontes de lo posible o sus utopías. En el espacio de lo público la vida social se carga de los elementos de la politicidad que la atravesarán, al margen, por encima de, y frente a todas las ingenierías de gobierno. En el espacio de la público, la producción política está -incluso inadvertida o con otros nombres- entre las manos de los *socii*.

- El espacio de lo público constituye al sujeto de la política en tanto que tal, sea individual o colectivo, perdurable o efímero. El sujeto del espacio de lo público es un sujeto de intervención -por la palabra o la acción- y, en ella, se construye de manera relacional, esto es, por ende, en la reflexividad, la diferencia y el descentramiento.

- El espacio de lo público no es el ágora. Sus 'habitantes' no dejan de ser particulares que realizan una porción importante de sus actividades en tanto que particulares a la vista de todos. Por ello mismo, la esfera de lo público construye y define identidades -en disposición de intervenir con la palabra o la acción sobre lo que es común- que arrastran consigo las dimensiones culturales de la vida social. La esfera de lo público articula por excelencia política y cultura. Los basamentos culturales constituyen, permítaseme decir, el *interpretante* de lo público autorrepresentado en su visibilización general. Y, a la vez, los productores del horizonte de sentidos de toda restauración pretendida.

No es necesario destacar que no toda la política se realiza en el espacio de lo público, aunque el afán republicano democrático así lo pretendiera. Ni tampoco es necesario destacar que no toda la comunicación entre los habitantes de este mundo se cumple a la vista de los otros. Lo que sí vale subrayar es que la política que se cumple en el espacio de lo público toma necesariamente los caminos de la comunicación, así como la comunicación que se cumple a la vista de los otros -a la luz pública- es, en último término, inescindible del carácter político de la vida social.

Retomemos ahora nuestra reflexión anterior. La comunidad misma es -queda entendido de lo dicho- una ilusión. Pero esta ilusión es por excelencia el lugar donde la intervención de los sujetos de la política busca apoyo y sentido. No es cualquier ilusión. Emerge del registro de la autorrepresentación de lo social y de las relaciones imaginarias

con su unidad, configurando un horizonte de sentido para la restauración comunal.

Bajo estas premisas, es posible pensar una vasta zona de los problemas de la comunicación como política, lo que a la vez exige pensar la política en el territorio de los sujetos, y no de las ingenierías y las instituciones. Exige recuperar la fuerza de la noción de ciudadanía, no desde posiciones teóricas cuasi *defensistas* que la extienden al ámbito de 'lo privado', sino en los marcos de la intervención cotidiana en el mundo de lo común. En otras palabras: pensar política con cultura y cultura con política.

NOTAS

1. Entre las abundantes referencias a la vinculación entre comunicación y campañas es siempre emblemática la investigación pionera de Paul F. Lazarsfeld, publicada bajo el título *The people's choice*, en 1948. Pero no buscamos restringir la cuestión al problema de los efectos de la propaganda. La tradición de estos vínculos, en un sentido más amplio, continúa hasta nuestros días. Ver, por ejemplo, más cercano a nosotros, los significativos trabajos de Silvio Waisbord, por ejemplo *El gran desafío*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995. Para la dupla 'comunicación y desarrollo', pensamos en las investigaciones realizadas entre otros, de manera destacada, por Wilbur Schramm. Para la combinación 'comunicación y democracia electrónica', hoy en plena erupción, puede verse, a título indicativo en medio de una abundancia bibliográfica, Grossman, L. K., *The electronic republic. Reshaping*

democracy in the information age, Penguin Books, N.Y., 1995. Entre nosotros, valga aludir a Finquielevich, S., *Ciudadanos a la red!*, Ciccus La Crujía, Buenos Aires, 2000.

2. Schmucler, H., "Un proyecto de comunicación/cultura", revista *Comunicación y cultura*, número 12, 1984, UAM-Xochimilco, México.

3. Me refiero en particular a la clásica conferencia de Heidegger publicada como "La pregunta por la técnica". Vid. Heidegger, M., *Filosofía, ciencia y técnica*, Editorial Universitaria, Chile, 1997.

4. Cf. Caletti, s., "Videopolítica, esa región tan oscura", en *Constelaciones* N°1, Fundación Walter Benjamin, Buenos Aires, 2000.

5. Es larga la lista de los textos que podrían referirse como ejemplos en un sentido y en otro. Entre los más notorios y emblemáticos, puede recordarse a Sartori, G., *Homo videns*, Taurus, Buenos Aires, 1998. Considerablemente más interesantes, en esta línea, son los textos de un autor en quien Sartori busca basarse, Neil Postman: *Amusing Ourselves to Death. Public Discourse in the Age of Show Business*, Penguin Books, N. York, 1986; también *Technopoly: the surrender of culture to technology*, Albert A. Knopf, N. York, 1992. Para la mirada opuesto, la saga de Alvin Toffler, entre ellos, *El shock del futuro*, Plaza & Janés, Barcelona, 1993 (la edición original es de 1970), y *La tercera ola*, Plaza & Janés, Barcelona, 1980.

6. Me refiero en particular a dos textos de R. Esposito: "Política", en Esposito, R., *Confines de la política*, Trotta, Madrid, 1996; "¿Polis o comunidades?", en Birulés, F., *Hanna Arendt. El orgullo de pensar*, Gedisa, Barcelona, 2000. Ver también, en general, Esposito, R., *Categorías dell'impolitico*, Il Mulino, Bologna,

1988.

7. Vid. Rancière, J., *El desacuerdo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

8. Me refiero a: Bobbio, N., *Estado, gobierno y sociedad*, FCE, México, 1989; pág. 33; Arendt, H., *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 59 y ss.

9. Retomo y prolongo aquí algunas ideas trabajadas en Caletti, S., "Repensar el espacio de lo público", Seminario Internacional *Tendencias de la investigación en Comunicación en América Latina*, Lima, Perú, julio de 1999, FELAFACS y Pontificia Universidad Católica del Perú, y en "¿Quién dijo república?", revista *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, Nº 10, UAM-X, México, octubre de 2000.

10. Desde esta perspectiva, es posible desprenderse de las simplificaciones según las cuales medios de comunicación -en tanto tecnologías- 'hacen' la política y, por ende, la degradan en la medida en que la convierten a sus propios términos. Cabría en cambio pensar que desde que el ágora quedó atrás, no es posible la construcción de un espacio de lo público sin la intervención arquitectónica de alguna 'tecnología' de comunicación. Pero lo que define y explica cada una de estas arquitecturas son las relaciones que los habitantes de este mundo, para bien o para mal, han sido capaces de darse en reciprocidad a través de, precisamente, los procesos políticos de los que fueron sujetos. No debería así llamarnos la atención la lógica del espectáculo: no se trata de una tecnología que lo inventa e impone, sino de una asimetría en las relaciones políticas de fuerza la que nos vuelve, como suele decirse, espectadores. Las tecnologías de comunicación sólo se encargarán luego de naturalizar el fenómeno.

S. Caletti